
Etnométodos de indagación de la estructura social en las tanguerías de Buenos Aires¹

Carlos Belvedere

Abstract:

Desde una perspectiva etnometodológica, se documentan e interpretan los métodos de indagación cotidiana de la estructura social en tanguerías de la Ciudad de Buenos Aires frecuentados por jóvenes de sectores medios y populares. A lo largo del trabajo de campo, realizado durante los años 2003-2005, se ha registrado una compleja batería de recursos y estrategias metodológicas tendientes a determinar la posición estructural de un inter-actuante en escenarios de sociabilidad, fraternización y seducción corrientes en la noche porteña. Estos recursos y estrategias componen un índice de nivel socioeconómico que, por comparación con la propia posición (tomada como grado cero de la estructura) permite establecer diferencias de “alto” y “bajo” y, así, junto con la indagación directa de la posición estructural del inter-actuante, realizar una indagación indirecta y de más largo alcance de la estructura social. En estas indagaciones, la estructura aparece como no tematizada (como fondo) y cumple la función de marco de la interacción. El resultado que ellas arrojan no es una visión de la estructura social sino su producción lisa y llana al determinar si se entra o no en relación, es decir, si se contribuye o no a estructurar sociedad.

Palabras clave: Estructuración social - etnométodos - interacción cotidiana.

Ethnomethods of inquiry on the social structure at tango bars in Buenos Aires. In this work, from an ethnomethodological perspective, I seek to interpret and document diverse quotidian inquiry methods into the social structure in tango bars in the city of Buenos Aires, frequented by young people of the middle and popular classes. During field work, carried out between 2003 and 2005, a battery of methodological resources and strategies were recollected in determining the structural position of a subject interacting in sociability, fraternization and seduction scenarios that are habitual in the “porteño” nightlife. These resources and strategies make up a socioeconomic index, which by comparison to one’s own position (considered as grade 0 of the structure) establishes differences between “high” and “low”. Hence, together with direct inquiry into the

¹ * Este trabajo fue realizado en el marco del Proyecto UBACyT SO89 (Programación Científica 2004-2007, Universidad de Buenos Aires). Asimismo, contó con un subsidio del Fondo Cultura BA 2005 (Secretaría de Cultura, Gobierno Autónomo de la Ciudad de Buenos Aires).

structural position of the interacting subject, inquiries into the social structure may be made indirectly and in a larger sense. At these inquiries the structure appears as non- thematized (as a backdrop), functioning as a frame of the interaction. The results do not show a vision of the social structure but its pure and simple production when determining whether a relationship is entered, i.e. whether there is a contribution to social structuring.

Key Words: Social structuration – ethnomethods – everyday’s life interaction.

En lo concerniente a la estructura social, es frecuente que se afirme, desde un punto de vista teórico, que su construcción recae sobre sujetos que son ciegos a ella –ciegos, precisamente, a aquello que determina su identidad-. En contraste con este tipo de afirmaciones, la etnometodología ha formulado que la cuestión del carácter y la relevancia de las estructuras sociales debe constatare empírica y contextualmente. En este sentido, la manera en que ella se ha aproximado a la cuestión, difiere sustancialmente del modo en que la “sociología profesional” lo ha hecho, entablado con ésta una polémica fundacional, tal como se observa en la obra de sus principales referentes y en perspectivas afines (tales como el análisis conversacional y la sociología cognitiva) .

La “indiferencia etnometodológica” y la recusación de la “sociología profesional”

Quien más claramente ha sostenido la actitud de indiferencia etnometodológica en lo que respecta a la cuestión de la estructura social ha sido, sin dudas, Garfinkel; por ejemplo, al describir el modo en que los miembros de una sociedad, “*incluidos los sociólogos profesionales [...] articulan un cuerpo de conocimiento fáctico de las estructuras sociales en situaciones de elección de sentido común.*” (Garfinkel, 1967: 77). Allí muestra cómo, en innumerables situaciones de indagación sociológica, “el investigador –sea éste un sociólogo profesional o una persona que emprende una indagación de las estructuras sociales con el interés de dirigir sus asuntos prácticos cotidianos–” se vale de un conocimiento previo de las estructuras sociales (Garfinkel, 1967: 77). Así, por ejemplo, “los trabajadores de campo, en particular quienes hacen estudios etnográficos y lingüísticos en medios donde no pueden presuponer un conocimiento de las estructuras sociales, son tal vez los más familiarizados con tales situaciones, aunque otros tipos de investigación sociológica profesional no están exentos de ello”, ya que en el curso de toda investigación se toman decisiones que, de algún modo, se sustentan en la previa conformación de “un cuerpo de conocimiento de las estructuras sociales.” (Garfinkel, 1967: 78)

En efecto, el sociólogo –en su preocupación por lograr una adecuada descripción– se vale del “método documental de interpretación” (en el sentido de

Mannheim), que muestra una reconocible similitud con lo que muchos investigadores legos hacen; esto es: buscar “un patrón homólogo idéntico subyacente a una vasta variedad de realizaciones de sentido totalmente diferentes”, tratando a “una aparición real dada como ‘el documento de’, como ‘indicación de’, como ‘perteneciente a’ un patrón subyacente presupuesto.” (Grafinkel, 1967: 78) El método en cuestión es aplicado tanto “en las necesidades cotidianas de reconocer ‘de qué está hablando’ una persona”, cuanto en análisis sociológicos tales como “las estrategias de manejo de las impresiones de Goffman, las crisis de identidad de Erickson, los tipos de conformidad de Riesman, los sistemas de valores de Parsons, las prácticas mágicas de Malinowski, los cálculos de interacción de Bale, los tipos de desviación de Merton, la estructura latente de actitudes de Lazarsfeld, y las categorías ocupacionales del Censo de los EE.UU.” (Grafinkel, 1967: 78-79) Otros ejemplos que da Garfinkel de cómo este método es aplicado en la sociología profesional son: las encuestas; entrevistas; historias de vida; experimentos de laboratorio; análisis de estadísticas oficiales; y publicación de resultados en revistas académicas². En todos estos casos, los sociólogos profesionales suelen emplear “procedimientos para ‘ver a través’ de las apariencias una realidad subyacente; para dejar a un lado las apariencias pasadas efectivas a fin de ‘aprehender lo invariante’ [...], ateniéndose] a una situación en la cual el conocimiento fáctico de las estructuras sociales -fáctico en el sentido de fundamentos garantizados de otras inferencias y acciones- debe ser reunido y hecho asequible para su uso potencial” (Grafinkel, 1967: 96). Esto muestra que muchos aspectos del trabajo documental “son reconocibles en el trabajo de la producción sociológica profesional de hechos”. (Grafinkel, 1967: 96)

Dado que estos rasgos son fácilmente reconocibles en las actividades de la vida cotidiana, las situaciones en que ellos se muestran pueden ser adecuadamente denominadas “situaciones de elección de sentido común” (Grafinkel, 1967: 96ss). Lo que Garfinkel sugiere con esto es que, al apelar a la “racionalidad” para adjudicarle a los resultados de su investigación el status de “descubrimientos”, los investigadores toman tales rasgos como contexto de interpretación para determinar su precisión y autoridad. Son los resultados del trabajo documental, determinados en situaciones de elección de sentido común, los que definen qué es un “hallazgo razonable” (Grafinkel, 1967: 99-100). Así, Garfinkel considera que gran parte de la sociología dominante consiste en “hallazgos razonables”, que son situaciones de elección de sentido común, a pesar de que rara vez los

² No podemos explayarnos aquí en la descripción de cada uno de estos ejemplos. Cfr. Grafinkel (1967: 77-79).

libros de texto y las discusiones en revistas científicas acerca de los métodos sociológicos reconozcan que ella se lleva a cabo “bajo los auspicios del sentido común” en lo que respecta a la toma de decisiones “*respecto de la correspondencia entre las apariencias observadas y los acontecimientos mentados.*” (Garfinkel, 1967: 100; subrayado de Garfinkel)

La actitud de indiferencia etnometodológica hacia la distinción macroestructura – microestructura no sólo está presente en Garfinkel sino también en Cicourel, Kitsuse y otros, según lo muestra Hilbert (1990). “En este tipo de estudios, la realidad de la macroestructura, la integración burocrática, la matriz organizacional, la estructura de clases sociales, la regularidad procedimental, y los procesos de adecuación son realizaciones de las prácticas diestras de los miembros.” (Hilbert, 1990: 795) Ahora bien, la indiferencia tiene dos caras: hacia la macroestructura y hacia la microestructura; no obstante, esta segunda faz “ha sido mucho menos advertida por los sociólogos” (Hilbert, 1990: 795):

“el modo en que la etnometodología comprende cómo las macroestructuras son producidas por las prácticas sociales pudo haber contribuido a la impresión de que se preocupa por la microestructura. Pero, una vez más, el desinterés etnometodológico en la estructura *per se* debe incluir, necesariamente, la estructura a cualquier nivel y, de hecho, no puede siquiera reconocer niveles o realizar comentarios sobre la estructura en términos de su escala. En realidad, los etnometodólogos han mostrado cómo las mismas prácticas sociales generadoras de las denominadas macroestructuras son, igualmente y de un modo idéntico, generadoras de la microestructura [...] Afirmar la realidad de la microestructura sería una reificación, del mismo modo que lo sería respecto a la macroestructura.” (Hilbert, 1990: 795)

Dado que “la distinción entre micro y macro estructura no es una distinción etnometodológica” –como sí lo es la distinción “entre la estructura, por un lado, y su producción diestra, por el otro”–, “los etnometodólogos difícilmente puedan pronunciarse acerca de ‘la escala’ de las estructuras que han eliminado del análisis.” (Hilbert, 1990: 796) Por eso, la etnometodología exige un desinterés por la materia de los estudios estructurales convencionales tanto en el “polo macro” (instituciones, clases y organizaciones) cuanto en el “polo micro” (personas, individuos, contenidos subjetivos, interacción social). En cambio, al concentrarse en los etnométodos, ella encuentra “una congruencia intrigante entre fenómenos que, a veces, son considerados opuestos: la innovación y el constreñimiento.” (Hilbert, 1990: 796)

“En la medida en que los etnométodos no son estructurales, ni están previamente disponibles para ser seguidos por nadie, y dado que, para la ciencia empírica, estos

existen únicamente en la actividad en la que los miembros están observablemente comprometidos, los mismos sugieren una inevitable innovación por parte de los practicantes. Pero los etnométodos son también las prácticas sociales a través de las cuales los practicantes se orientan hacia un orden social estructural presupuesto, reificándolo y reproduciéndolo en el curso de sus actividades; e imponiéndose mutuamente su realidad mientras las mismas transcurren. Por consiguiente, la etnometodología encuentra el constreñimiento social en el aquí-y-ahora de las actividades empíricas de seres humanos actuando de manera diestra entre sí; en ese sentido, las estructuras sociales están ‘encarnadas’ en las prácticas del despliegue y reconocimiento de esas mismas estructuras. Son producidas en los escenarios que supuestamente regulan.” (Hilbert, 1990: 796)

Así que “la etnometodología es indiferente a la estructura a cualquier nivel” y, por lo tanto, no se orienta a la micro-estructura ni es una microsociología; “en cambio, se interesa por las prácticas sociales empíricas concretas donde ambas, macro y micro-estructuras, y sus interrelaciones, son producidas, reproducidas, utilizadas, y manejadas.” (Hilbert, 1990: 794-795) Por eso es que la indiferencia etnometodológica no busca “legitimar un nivel de la estructura a expensas de otro” sino examinar las prácticas sociales allí donde ocurre y aparece la estructura –es decir, donde es realizada por y para los miembros de la sociedad- (Hilbert, 1990: 795). De ahí que el rechazo de la idea de estructura social dominante en la teoría sociológica por parte de la etnometodología no signifique que ella “se desentienda de la cuestión sino que se ocupa de la noción nativa de estructura” (Sharrock y Button, 1991: 163), tan descuidada por los sociólogos –incluso por quienes admiten que el orden social se conoce “desde dentro” y, no obstante, “suelen pasar con ligereza sobre este hecho, sin considerarlo en profundidad”- (Sharrock y Button, 1991: 164).

En consecuencia, la etnometodología no niega la existencia ni la incidencia de las estructuras sociales; sin embargo, tampoco las afirma lisa y llanamente. Ante todo, la actitud etnometodológica rehúsa resolver de antemano y por procedimientos especulativos esta cuestión. En este sentido, ella no es una mejor teoría de la estructura social sino, tan sólo, un método de indagación de los métodos de indagación cotidiana con que los sociólogos (profesionales y no profesionales) producen, reproducen y perciben la existencia y el poder constrictivo de las estructuras sociales. Es decir que ella sólo admite tratar la cuestión en los hechos –los que, a su vez, se reconocen como producidos por los miembros de una sociedad a través de sus prácticas, y cuyo tratamiento sólo puede darse respetando su carácter contingente, situado, siempre a constatar y a hacer valer en

cada caso-. Son ellos, entonces, quienes indagan metódicamente e interpretan –a la vez que con esta indagación e interpretación producen y reproducen– las estructuras sociales.

Por lo dicho, entonces, la dimensión estructural de la vida social guarda para la etnometodología una relevancia no sólo epistemológica sino ante todo ontológica en tanto que su indagación y manipulación acotada son algunos de los recursos con que los miembros de una sociedad constituyen, en sus prácticas cotidianas, las estructuras a las que están sujetos. Es, entonces, en la vida social donde se generan y se investigan las estructuras sociales, y no en alguna teoría o metodología que le resultase ajena o la violentara. Este delicado equilibrio –ni negación ni afirmación dogmática– es lo que caracteriza a la actitud etnometodológica ante esta cuestión. Con este espíritu, entonces, es que realizamos una descripción etnometodológica de los procesos de estructuración social observados en el caso concreto de ciertas tanguerías de la Ciudad de Buenos Aires.

Características del estudio

A los efectos de caracterizar los etnométodos de indagación práctica de la estructura social, hemos realizado observación participante en diversos espacios de socialidad típicamente porteños, frecuentados por jóvenes veinteañeros y treintañeros en el barrio de Almagro. Así fue que, durante los años 2003 a 2005, participé asidua y activamente de la vida social de tanguerías cercanas a la Plaza Almagro y el viejo Mercado de Abasto. Más en particular, el trabajo de campo se realizó en los locales conocidos como: “El Boliche de Roberto” (ubicado en las calles Bulnes y Perón); “Lo de Estelita” (o “La puerta de Teodoro”, en Sánchez de Bustamante y la vía); “La Catedral” (Sarmiento y Medrano); el “Club Atlético Fernández Fierro” (Sánchez de Bustamante, entre Guardia Vieja y Lavalle); y “Campamento Huno” (Lavalle y Jean Jaurès).

En el transcurso de la investigación, he llegado a ser “miembro competente” de estos contextos de interacción. Esta filiación la obtuve asumiendo uno de los roles protagónicos dentro de la vida social de estas tanguerías: el de guitarrista. Durante el transcurso de la investigación (así como en los años inmediatos precedentes y posteriores), he integrado un dúo junto a un conocido cantor y animador de este circuito, teniendo presentaciones regulares en la mayoría de las tanguerías frecuentadas³. Al formar parte de estos ámbitos, he podido recoger

³ En el momento de mayor actividad, hemos tenido actuaciones estables cuatro días por semana, con al menos dos presentaciones diarias. Incluso, en una ocasión, estudiantes de sociología que circunstancialmente visitaron uno

y documentar un amplio repertorio de métodos, estrategias y procedimientos empleados para emprender, conducir y concluir indagaciones respecto de la estructura social.

Además de ubicar geográficamente nuestra investigación, debemos situarla existencialmente describiendo el “ambiente”⁴ en que se produce el tipo de interacción que hemos indagado. Este término connota, a la vez, un espacio físico, un entorno arquitectónico (tal vez una mutación lúdica de la clausura en sentido foucaulteano), y un “clima humano”. Pues bien, el objeto de nuestra indagación es uno de los “ambientes” en que tiene lugar la sociabilidad de la noche porteña.

En lo que a respecta a la sociabilidad, ella es estrictamente una forma de interacción social. En este sentido, podría pensársela a partir de la relación cara-a-cara tal como la describe Alfred Schutz –no porque se corresponda directamente con ella, sino porque, variando uno de sus rasgos, obtendremos su perfil específico (esto es, su descripción eidética)–.

La sociabilidad comparte con la interacción, precisamente, el ser una relación cara-a-cara. Esto es, se interactúa con un semejante –acaso no un prójimo, pues ello implicaría ya una proximidad excesiva para este tipo de vínculo en su estado naciente– pero sí alguien con quien uno comparte, espontánea y naturalmente, un espacio-tiempo. En este sentido, tampoco se trata de una relación impersonal y anónima, como lo son otros modos de la relación social en Schutz. Estamos, entonces, ante una modalidad intermedia: cara-a-cara, pero no aún “familiar”. Es aquello que suele llamarse “vida social”.

Justamente, “hacer vida social” significa producir un vínculo hasta el momento inexistente pero posible; o, más exactamente, *realizar* –pasar al acto– una relación potencial. De ahí, también, esa especie de limbo en que se encuentra la vida social, que no es aún intimidad efectiva pero sí intimidad prefigurada pues, si uno “se encuentra” en un “ambiente”, es porque existe una especie de armonía preestablecida que nos hace compatibles a priori –esto es, con independencia de toda experiencia–.

Pues bien, la socialidad de la que hablamos es un modo de “intimar” en espacios semipúblicos con nuestros semejantes. Es, como suele decirse, un modo de “hacerse amigos”. Aunque no sólo eso: también es posible “activarse” a alguien

de estos bares, percibieron la doble adscripción del autor, vinculando sus preferencias académicas y musicales al exclamar, entre tango y tango: “¡Aguante Garfinkel!”.

⁴ Emplearemos aquí las comillas para denotar el lenguaje propio de los sociólogos legos en sus indagaciones cotidianas de la estructura social.

—término que designa el iniciar un vínculo de sensualidad (cuya consumación puede variar desde unos besos furtivos hasta una plena relación sexual, pasando por todas las gradaciones intermedias), y que con frecuencia se agota en el ambiente, siendo ocasional las veces en que deriva en una relación “sentimental” ya cargada de reciprocidades y un involucramiento emocional más intenso y prolongado. No es que el vínculo activado se consume en el espacio físico del encuentro sino que —aún cuando suela desplazarse a otros escenarios, como la vivienda de alguna de las partes o un hotel alojamiento—, éstos son anexados al “ambiente”. Incluso se sabe que las tertulias de ciertos bares nocturnos de Buenos Aires continúan, de un modo bastante habitual, en algunas de las casas de los habitués, donde no es extraño que prolonguen la velada más allá del mediodía siguiente⁵.

Por eso, el ambiente es en cierto modo un espacio abierto, que puede pensarse como una proto- socialidad en la medida en que, ocasionalmente, relaciones que se activan allí son continuadas, con suertes diversas, fuera de ese ámbito. Si bien rara vez derivan en noviazgos o relaciones estables, no es infrecuente que los vínculos iniciados allí se continúen durante unos meses entre las partes (generalmente, dos) fuera del espacio físico aunque no del ambiente, ya que los “códigos” o reglas que lo constituyen siguen valiendo en ese espacio anexo.

Finalmente, cabe aclarar (si bien, a esta altura de la descripción, cae de maduro) que este ambiente constituye una atmósfera de tenor afectivo y cargada de sensualidad. No es que “activarse a alguien” sea la única relación posible allí, pues surgen variadas formas de “hacerse conocidos” (incluso alguna amistad o empleo⁶), pero lo cierto es que la expectativa de un encuentro íntimo no deja de estar en el horizonte y, en tanto promesa, es el principal elemento que le da fluidez a los intercambios, a pesar de generar también cierta “tensión” sexual.

⁵ No siempre el principal incentivo para esta prolongación de la velada es la música, aunque con frecuencia proporciona la ocasión; por lo general, es la acción combinada de cierta expectativa sexual o sentimental, con los efectos de diversos estupefacientes, lo que motiva esta continuidad. Así, por ejemplo, ha ocurrido que al cierre de una tanguería, varios autos lleven a los tertuliantes a una quinta, o que un trasnochado termine tocándole el timbre a un amigo, exigiéndole que se ponga a hacer un asado un domingo a la mañana. También ha ocurrido que el espectáculo continúe en la casa del autor con bandoneones, cantores y guitarras que, a las 7 de la mañana, ante la mirada embelezada de estudiantes universitarias francesas y percantas del barrio que eran objeto de avances diversos (y con diverso éxito) por parte de cantores y otros instrumentistas (excluido, lamentablemente, el guitarrista), y que despertaban a los vecinos sin que éstos llegaran a comprender del todo la situación.

⁶ Dos buenas amías mías se han conocido en una de estas tanguerías, en momentos en que una de ellas estaba desocupada. Al mismo tiempo que una amistad duradera, una de ellas encontró un buen empleo (en una importante ONG, vinculada a su actividad profesional).

Relevancia de la estructura social en la sociabilidad

En estos ambientes –en apariencia al margen de las constricciones estructurales puesto que son instancias de esparcimiento–, lo estructural tiene gran relevancia, no sólo porque regula los intercambios sino también porque el modo en que lo hace involucra una indagación activa, deliberada y metódica por parte de sus miembros. Esto merece unas líneas relativas a la relevancia de la estructura para la interacción cara-a-cara.

Si bien –como dijimos– es infundado encuadrar a la etnometodología como una perspectiva microsociedad –lo mismo que concebirla como una macrosociología⁷–, cierto es que ella permite aproximarse a ambas dimensiones. En nuestro caso, bien podríamos caracterizar los “ambientes” en que llevamos a cabo nuestra indagación como escenarios “micro” de la vida cotidiana. Ahora, la sociología profesional muchas veces ha pensado esta dimensión como ajena al orden estructural. Así, por ejemplo, Jürgen Habermas considera que el mundo de la vida no conlleva sus propias condiciones estructurales sino que ellas deben buscarse más allá, en el sistema social⁸. Sin embargo, nuestra aproximación etnometodológica nos ha mostrado que, en las circunstancias que indagamos, la estructura social resultaba relevante. Cierto es que ella no se constituye plenamente a este nivel, tanto como es cierto que en parte sí, pues bien sabido es que las condiciones de reproducción material de la vida pasan por núcleos que se establecen afectivamente, dado que los seres sociales no son átomos sino que viven, trabajan, comen y procuran recursos en hogares –aun cuando sean, como dice la sociología profesional y la tecnocracia, “unipersonales”–; incluso –agregamos–, cuando la socialidad y la sexualidad predominantes en estos ambientes contribuya a obturar o postergar la formación de uniones familiares y, llegado el caso, a inducir diversas formas de bohemia y marginalidad.

Volviendo de la pregunta por la naturaleza y constitución de la estructura social al problema etnometodológico de su relevancia, distinguiremos dos niveles en que ella se muestra como tal: una relevancia a priori, y una relevancia a posteriori.

La relevancia a priori ha sido bien pensada por Goffman (2001) al ocuparse de la presentación del sí mismo en la vida cotidiana. En este aspecto, es llamativo

⁷ Cfr. Emanuel A. Schegloff, “Reflections on Talk and Social Structure” (en: Boden y Zimmerman, 1991: 48).

⁸ “La concepción de la sociedad como mundo de la vida [...] sólo tiene un alcance limitado para la teoría de la sociedad. Por eso voy a proponer que entendamos las sociedades simultáneamente como sistema y como mundo de la vida” (Habermas, 1999: 168).

que incluso alguien como él, en esta cuestión en particular, distante de la etnometodología (Boden y Zimmerman, 1991: 48), sepa advertir la relevancia de los métodos y procedimientos de indagación cotidiana de la estructura social. Lo cierto es que una de las agudas observaciones de Goffman nos servirá de punto de partida para la comprensión de la relevancia a priori de lo estructural en la vida cotidiana, no porque su perspectiva sea estrictamente etnometodológica sino porque da cuenta con precisión de una evidencia.

“Cuando un individuo llega a la presencia de otros, estos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya poseen. Les *interesará su status socioeconómico general*, y su concepto de sí mismo, la actitud que tiene hacia ellos, su competencia, su integridad, etc. Aunque parte de esta información parece ser buscada casi como un fin en sí, hay por lo general razones muy prácticas para adquirirla. La información acerca del individuo ayuda a definir la situación, permitiendo a los otros saber de antemano lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él. Así informados, los otros sabrán *cómo actuar a fin de obtener de él una respuesta determinada.*” (Goffman, 2001: 13; mi subrayado).

Caracterizamos esta relevancia de lo estructural como a priori en un doble sentido: en que vale para toda interacción de este tipo; y en que ella es independiente de cualquier experiencia. En el primer sentido, la cita de Goffman nos muestra que, siempre que haya una presentación del sí mismo en la vida cotidiana, el estatus socioeconómico será un dato fundamental para posibilitar el establecimiento de una relación social pues es necesario para fijar las expectativas recíprocas propias de toda relación social. Además, el texto nos parece especialmente pertinente para nuestra cuestión pues, precisamente, la sociabilidad de la que nos ocupamos cobra la forma de una presentación del sí mismo que, en cuanto tal, constituye una interacción cara-a-cara con un semejante que aún no nos es plenamente familiar pero que, de algún modo, está predeterminado a serlo. En el segundo sentido, la relevancia a priori de lo estructural para la sociabilidad tiene que ver con que, para que ese tipo específico de relación social se entable, cada uno de los miembros debe orientarse hacia el otro con el supuesto de que, al ser éste un dato relevante, debe indagar y suponer que el otro indaga la posición estructural de su inter-actuante. Además, ambos dan por sentado que es posible desplegar estrategias de resistencia a la indagación y de simulación o disimulo⁹.

⁹ Así, por ejemplo, ante la sistemática indagación por parte de potenciales “compañeros”, una querida amiga mía comenzó a ocultar su condición de “socióloga”, presentándose como maestra de inglés, “para no espantar a los hombres”, quienes –según su opinión– se sentían más cómodos ante una maestra que ante una licenciada que,

Sin embargo, la relevancia a priori debe efectivizarse -hacerse valer- en la interacción concreta. Esto es, el supuesto -independiente de toda situación de hecho- de que lo estructural es un dato relevante de la situación debe ser sometido a prueba, pudiendo incluso ser contradicho. Ahora, como este resultado sólo es posible si se realiza algún tipo de indagación orientada por la hipótesis de que lo estructural cuenta, incluso en el caso de que se demuestre que no, el supuesto de que la indagación de la posición estructural del inter-actuante es relevante ha sido necesario para este descubrimiento y es, por lo tanto, constitutivo de esa situación de interacción. Luego, debe hablarse de una primacía del primer modo de relevancia respecto del segundo.

Propiedades generales de la indagación práctica de la estructura social

La indagación práctica de la estructura social es explícita y deliberada: se busca -si bien de un modo indirecto o sutil-, y se sabe que se busca, establecer qué posición estructural ocupa el inter-actuante. Ahora bien, esto hace que el indagar la estructura social no sea un fin en sí mismo sino un medio para caracterizar al otro (tipificarlo, encuadrarlo, etc.), maximizando así las posibilidades de ejercer su control y fijar los propios fines y estrategias en el marco del intercambio. En otras palabras, se trata de una relación de poder en sentido weberiano¹⁰.

A lo largo del intercambio, la exploración va aportando nueva información o reforzando el conocimiento ya adquirido de lo que es la estructura social, siendo únicamente novedosa en su totalidad la información producida por esta investigación en lo que concierne al inter-actuante. Por eso, entonces, el sentido de la estructura social se va sedimentando a partir de la sucesión de experiencias que van dejando como resabio una precomprensión de ella.

A su vez, muchas de estas inquisiciones tienen un carácter inespecífico, que se suma al carácter contextual e indexical propio de todo intercambio social, acentuándolo. Así, en los contextos y a los efectos aquí enumerados, los sociólogos prácticos que llevan a cabo estas investigaciones cuentan con un repertorio de métodos, técnicas y tácticas que adaptan a una infinidad de situaciones. Es el objetivo de las páginas que siguen describirlos práctica y documentadamente.

presumiblemente, sería una profesional independiente. En contraste, la condición de "docente" del autor producía el efecto contrario, siendo mejor recibida en el caso de un varón la condición de profesional universitario.

¹⁰ "Poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad." (Weber, 1998: 43)

Registros de la aplicación de etnométodos a la determinación de la posición estructural en las tanguerías de Buenos Aires

Desde el punto de vista procedimental, los etnométodos de indagación de posición estructural constituyen estrategias discursivas (que a su vez producen y enfrentan resistencias) tendientes a inducir en el inter-actuante respuestas que revelen indirectamente dimensiones definitorias de su condición. Desde el punto de vista del objeto al que se aplican, ellos se emplean para establecer determinaciones: (a) territoriales; (b) laborales; (c) de horizonte de expectativas; (d) de ocio y consumo; (e) de situación patrimonial. En lo que sigue, describiremos las principales modalidades de uso de estos etnométodos para, luego, en el próximo apartado, reparar en algunas consecuencias al volver a describirlos con una mirada de conjunto.

- a) La manera menos intrusiva y aparentemente más ingenua de indagación de la posición estructural del inter-actuante es la que se orienta hacia la dimensión territorial. De manera casual, puede preguntarse: “¿Dónde vivís?” La misma pregunta ya intenta situar la vida del interlocutor. El modo en que lo hace es circunscribiéndola a un territorio en sentido antropológico. En toda su amplitud, la pregunta inquiere –implícitamente, y de un modo evidente de suyo– por las dos dimensiones fundamentales de la situación habitacional en una ciudad como Buenos Aires: el barrio y la vivienda. Donde uno vive es, a la vez, el lugar en que uno *comenzó a vivir* (nació, “se crió”, etc.; esto es: el barrio) y la *vivienda* (es decir, el lugar donde habita).

Este doble sentido a veces se desdobra explícitamente preguntando, por ejemplo: “¿De qué barrio sos?”¹¹. Esta es una forma más disimulada de sondeo pero a la vez más profunda, puesto que hace hincapié en algo más que una posición catastral, indagando también por un perfil sociocultural, estético y –hasta en ocasiones– político. De ahí que esta pregunta bien puede ser sustituida por, o complementada con, esta otra, sólo en apariencia ajena la cuestión: “¿A qué colegio fuiste?” Con esta fórmula también es posible marcar el lugar –sobre todo, el lugar de origen, puesto que remite a la infancia y la adolescencia, esto es, a la socialización secun-

¹¹ Ante esta pregunta, no es poco frecuente que se busque dar la respuesta más favorable posible. Sólo excepcionalmente se miente de manera descarada, pero es común que se busque maquillar la verdad o jugar con la ambigüedad. Así, por ejemplo, una parroquiana solía decir que vivía en Belgrano, dando a entender que su vivienda se situaba en el barrio de Belgrano y no en la calle Belgrano (de un estatus y nivel socioeconómico inferior).

daria del inter-actuante y, en la dimensión del presente, al capital social acumulado¹².

Otra derivación frecuente de esta pregunta por el *locus vivendi*, cuando ella se desdobra, suele ser –a modo de continuación de los trops descriptos recién– la averiguación por la morada (ubicación, dimensión, calidad, hacinamiento, etc.). Así, se suele derivar hacia uno de los principales indicadores de situación patrimonial (que describiremos luego, al entrar de lleno en esa cuestión).

- b) Otra dimensión explorada por los etnométodos de indagación de posición estructural es la cuestión laboral. Aquí la pregunta suele ser: “¿De qué vivís?” –tal como me preguntó en cierta ocasión una simpática interlocutora–. Se pregunta, entonces, por las condiciones de posibilidad (no formales sino, en todo sentido, materiales) de la propia existencia. En concreto: se apela a una batería de recursos eufemísticos para averiguar cuánto gana y qué modo de vida lleva el inter-actuante. Así es que surge una serie de variaciones sobre las maneras de preguntar “¿de qué vivís?”

La más frecuente es: “¿Vos qué hacés?” Aquí es determinante el uso del pronombre, puesto que la pregunta (gramaticalmente idéntica, sólo que con sujeto tácito) “¿Qué hacés?”, inquiriere algo muy distinto. Literalmente, podría tomársela como una pregunta situada aquí y ahora; sin embargo, no es éste su sentido sino que la frase en cuestión funciona como un saludo. “¿Qué hacés?” vendría a significar: “Hola, ¿qué tal?” Pues bien, esta indagación del modo en que uno se gana la vida vendría así a disimular sus objetivos tras la similitud con la fórmula –coloquial, amigable, de uso altamente frecuente en la cotidianidad de Buenos Aires– de un saludo casual y amistoso.

Además de subrayar la posición del sujeto al hacerlo explícito en su función sintáctica, la expresión conlleva un tinte existencialista en la medida en que supone que la vida es algo que uno se hace, y –materialismo mediante– que uno de los modos fundamentales en que se la hace es a través de la obtención de rentas e ingresos, presumiblemente (en estos ambientes) a través de un trabajo. Así, “qué hacés” significa aquí (y de nuevo, eufemismo mediante): “¿De qué trabajás?”

Se considera, ante todo, el trabajo como fuente de ingresos que permite “ganarse la vida”; pero no exclusivamente, pues la idea de “hacer” implica

¹² Uno de los jóvenes que regularmente frecuentaba una de las tanguerías observadas (tanto que incluso terminó trabajando en una de ellas), decía con orgullo que era “Palermo NyC” (es decir, nacido y criado en Palermo), “desde antes de que Palermo sea Palermo” (cuando era “barrio”).

un horizonte más amplio, en el que entran a jugar también ambiciones y expectativas (de las que a continuación nos ocuparemos más detenidamente). Este carácter no estrictamente económico del trabajo también se revela en las connotaciones de otro giro frecuente en la indagación de esta dimensión de la posición estructural: “¿A qué te dedicás?” Aquí el trabajo es considerado como una dedicación de la vida –algo cercano al sentido de la vocación que, con maestría, analiza Weber¹³ (1999: Primera Parte, cap. III)-.

- c) Si hay algo así como una vocación, es porque existe un horizonte de expectativas. El mismo es también objeto de indagación en estas investigaciones cotidianas¹⁴, pues las metas, anhelos e incluso las pretensiones son consideradas parte de la posición estructural, no porque ellas determinen el presente sino porque están prefiguradas por el pasado vivido –constituyendo un índice sintético de las experiencias previas- y son la fuente imaginaria de la que brotan las anticipaciones de los futuros posibles.

No por inmaterial esta dimensión de la determinación de la posición estructural resulta secundaria o inesencial; antes bien, su relevancia está indicando que, para la concepción de estructura subyacente a estas indagaciones, ella es una dimensión relativamente estable, poco elástica a la coyuntura y cuya relevancia juega como marco significativo de largo plazo.

Es en este sentido que cobran significación insinuaciones e inferencias relativas a: “¿Qué te gustaría ser?”; “¿Qué pensás hacer (en el futuro, de tu vida, etc.)?” Cabe señalar que aquí no se encuentran fórmulas frásticas sino que la expresión suele ser altamente variable, e incluso es habitual que no se enuncie de manera directa y explícita. Por el contrario, suele apelarse a estrategias discursivas indirectas y sigilosas. Entre ellas, se destaca el recurso de instalar temas, generalmente en primera persona (“yo quisiera...”; “a mí me gustaría...”; etc.), induciendo así definiciones de la otra

¹³ Así, las tanguerías también cuentan con encarnaciones del “espíritu capitalista”. Por ejemplo, a fin de impresionar a las damas, un personaje muy singular de este circuito solía presentarse a sí mismo como “empresario” –lo cual no es del todo falso ni ajeno al espíritu del tango: “para conquistar ternura, hay que fingir posición” (“Pa’ que sepan cómo soy”, tango de Norberto Aroldi y Emilio González)-. Lo último que supe de él es que acaba de quebrar de modo fraudulento su tercer tango bar.

¹⁴ Uno de nuestros sociólogos legos contraponen, con claridad, aquellas mujeres que le preguntan “¿qué sos?”, a las que le preguntan “¿tenés sueños?” Manifiesta su preferencia por las últimas, con las que suele llegar a mejor puerto dado su bajo capital económico y social, que lo predispone mejor para el éxito con aquellas mujeres (por lo general, las más jóvenes) que no lo consideran por lo que es sino por lo que *dice* querer ser (aunque expresa también que, realmente, tampoco tiene sueños ni expectativas definidas). Recientemente, supe que “está con alguien, una europea”, quien le habría financiado un emprendimiento comercial propio. Aparentemente, uno de esos sueños se habría concretado, precisamente gracias a la sociabilidad emprendida en uno de estos ámbitos.

parte. Es, como suele decirse, “tirar verde para recoger maduro” o “sacar de mentira verdad”.

- d) El horizonte de expectativas (que incluye las aspiraciones y pretensiones personales) también se expresa, como dijimos, más allá del trabajo. Habrá que considerar, entonces, de qué modo las esferas del ocio y del consumo son indagadas en estas investigaciones cotidianas tendientes a determinar la posición estructural de un inter-actor.

En la misma línea que lo apuntado recién, aquí la indagación puede ser indirecta (confesando, por ejemplo, los propios gustos: “me gusta ir al cine”; “salgo a bailar”; “me encanta leer”; “me fascina viajar”; etc.). En estos casos, la confesión cuenta como una pregunta tácita que induce una respuesta explícita. Es decir, se elide pero se da por supuesto un: “¿Y a vos?”. Aunque también puede preguntarse de modo menos oblicuo: “¿Qué hacés los fines de semana?”; “¿Sos de ir al cine?”; “¿A dónde te vas (o te fuiste) de vacaciones?”. Incluso, con un grado de generalidad y desparpajo mayor, hay quien pregunta, a boca de jarro: “¿Qué te gusta hacer?”

De este modo, entonces, se infiere –muchas veces, incluso, de modo pre-reflexivo– qué posición estructural ocupa el interlocutor a partir de un cálculo práctico del excedente que es capaz de disponer para actividades improductivas y –aunque menos evidente– del modo en que lleva su vida, ya que destinar una importante porción de los propios recursos y la vida al ocio es indicio de un instalarse en la existencia relajado, confiado y “sin mayores sobresaltos”. En síntesis, es indicio de lo que se suele llamar “tener una seguridad en la vida”, “llevar una vida tranquila”, o “vivir tranquilo”.

- e) Los diversos modos de vida, así como los emplazamientos territoriales y simbólicos en que se sobrellevan –en breve, cada *modus vivendi*–, se ven plasmados en la situación patrimonial. Esta dimensión es también objeto de indagación en los escenarios que estamos describiendo, y es tomada de algún modo como síntesis de la posición estructural del inter-actor, vista como una función de la vida que lleva, y que articula las diversas dimensiones aquí analizadas: la territorial; la laboral; el horizonte de expectativas; el ocio y el consumo. Esto significa, a su vez, que en estas indagaciones cotidianas se da por sentado que las posiciones estructurales –en la medida en que han sido sostenidas en el tiempo– han logrado plasmarse en la acumulación de bienes diversos, simbólicos y materiales. En lo que respecta a estos últimos, el indicador principal –y, a su vez, el más fácilmente observable– es el de la vivienda.

La indagación de esta dimensión suele tener un carácter coloquial; es decir que se la incluye en rutinas de conversación y en la espontánea concertación de futuros encuentros. Sobre todo, se lleva a cabo *in situ*. Se trata, entonces, de una etapa segunda, más profunda y fiable de indagación, que presupone el establecimiento de una relación que haya superado la fase coincidental de la investigación. En este sentido, “arreglar para verse” en otro lado proporciona recursos metodológicos y escenarios más propicios para profundizar esta indagación.

En el caso de quienes se ubican en posiciones sociales relativamente privilegiadas dentro de los ambientes indagados, un indicador elocuente –que, por lo general, sólo aflora en esta etapa segunda de la investigación, y que puede comenzar o bien al dejar el escenario de encuentro inicial, o bien al concertar otro encuentro– es contar con movilidad propia. Esta información se recaba con toda naturalidad al regresar los inter-actuales a sus respectivos destinos. En tales situaciones, el miembro “positivamente privilegiado” –tal como lo llamaría Weber (1998: 242), o al menos su traductor– puede mostrar –e incluso alardear de– su posición, dejando caer casualmente una expresión como: “¿Te alcanzo?” (con el coche, se sobreentiende). O bien, quien quiera indagar esta dimensión de la posición estructural puede inquirir, despreocupadamente al dejar el local (por ejemplo, tras haber pagado la cuenta, o al atravesar la puerta del “boliche”): “¿En qué andás?”; es decir: ¿en qué medio de transporte te movilizás (automóvil propio, taxi, colectivo, bicicleta, a pie)?¹⁵

Si bien esta es la manera más espontánea de indagar la situación patrimonial –además de ser habitualmente la primera en salir a la luz–, no es la más recurrente pues no todos poseen movilidad propia ni están dispuestos a exponerse a este examen puesto que implica cierto compromiso –al menos eventual– de tener que “poner el cuerpo”, ya que esta indagación bien puede motivar una invitación a abordar el auto del interrogado, a compartir un taxi, a esperar el colectivo o incluso a caminar juntos –recorridos que, además, pueden tener como destino final la propia vivienda–. Todas estas circunstancias son también ocasiones probables de abordaje sentimental o sexual. Puede ocurrir en situaciones tales que el otro “nos apure”, “se tire un lance”, “nos eche los galgos”, o lisa y llanamente nos zampe un beso. De ahí que no todos estén dispuestos a exponerse en este tipo de indagaciones.

¹⁵ Evoquemos una vez más a nuestro “empresario” local. Cierta día me vio charlando con una señorita que fue de su agrado. Se sentó a la mesa, y apenas pudo meter bocado, le preguntó dónde vivía y se ofreció a llevarla con el auto.

Más frecuente, así como más sensible y fiable, es la indagación de situación patrimonial que permite la determinación de la vivienda: de su ubicación, calidad, y propiedad. En estos ambientes, se presupone que todos tenemos una vivienda, y no corremos el mismo riesgo preguntando por ella que preguntando por los medios de locomoción, puesto que en todo caso uno podría eventualmente recibir una invitación a la casa de otro y no una insinuación a ingresar a la propia.

De todos modos, una adecuada indagación de esta naturaleza requiere ya una proximidad y familiaridad considerables, pues –si bien puede preguntarse en el transcurso de una conversación en un espacio de sociabilidad: ¿“dónde vivís” (departamento o casa, grande o chico, etc.)?; ¿“alquilás” (o –se sobreentiende– sos propietario)?; ¿“cuánto pagás de alquiler” (o bien, “cuánto te costó” el departamento o casa)?; ¿“con quién vivís?”¹⁶– nunca la información recabada es tan precisa como la que se obtiene yendo a la casa del inter-actuante; no sólo porque ver la propiedad en cuestión disipa toda duda y suspicacia, sino también porque estar allí permite una serie más amplia y minuciosa de inspecciones e interrogaciones, guardando además las formas y mostrando naturalidad. Así, por ejemplo, se podría elogiar algún cuadro o adorno, comentar los libros o discos que se encuentran en la habitación, hablar a partir de los objetos presentes sobre gustos y hábitos diversos, etc.¹⁷

Así es que –en tanto reflejo de rutinas, gustos y prácticas cotidianas– la vivienda materializa la vida de quien la habita; por eso hemos dicho que opera como síntesis de lo vivido y lo por vivir. De modo que, tal como hemos abierto la descripción de los etnométodos de indagación de posición estructural con el tropo del *locus vivendi*, y podemos cerrarla hablando del *modus vivendi*, materializado en otra forma –esta vez más intimista– de ese *locus*, que ya no es el barrio sino la vivienda.

El paralelismo entre los etnométodos de indagación cotidiana de la estructura social y los índices de nivel socioeconómico de la sociología profesional (análisis y sistematización de resultados)

Una vez presentados los principales métodos, estrategias y recursos puestos en juego en la indagación cotidiana de la estructura social en los ámbitos de sociabilidad investigados, podemos extraer algunas conclusiones a partir de lo

¹⁶ Nuestra habitante de (la calle) Belgrano solía contar cómo regaba sus malvones, cantaba y realizaba tareas diversas en su casa, iniciando así conversaciones sobre cómo es la casa de sus diferentes interlocutores.

¹⁷ La vivienda del autor ha sido reiteradas veces objeto de este tipo de requisas por parte de amigos, simpatías y colegas músicos. En especial, la discoteca y la biblioteca dieron qué hablar.

que ellos nos muestran ya no en sus especificidades sino, en conjunto, como sus “parecidos de familia” (Wittgenstein, 1999: 87).

- a) En principio, se trata de la indagación de una estructura percibida como ya existente (justamente, por eso es que puede ser indagada); por más que, a su vez, esta estructura se constituya *por* las mismas indagaciones, ya que si éstas no se llevaran a cabo, tampoco existiría aquélla. Así, las indagaciones cotidianas de la estructura social con que los miembros de una sociedad se clasifican mutuamente presuponen, actualizan y renegocian de manera continua e indirecta la estructura misma de esa sociedad. En este proceso, entonces, se dan por sentadas la permanencia, persistencia y durabilidad de las dimensiones constituyentes de la posición estructural.
- b) La indagación cotidiana de la estructura social está regida por determinaciones de interés y relevancia en el sentido de Schutz (1967: 76ss). Esto significa que: (i) es una indagación que se emprende en función de objetivos precisos, acotados, contingentes y circunscriptos a la situación de interacción en que se enmarcan; (ii) que únicamente se emprende cuando resultan pertinentes y relevantes para esa situación –típicamente, a la hora de decidir entablar o no una relación social de tenor afectivo (seducción, sexualidad, amistad, compañerismo)-; (iii) que una vez decidido este dilema (entablar o no la relación), puede suspenderse la indagación por la posición estructural del miembro inter-actuante, y con frecuencia esa información es mantenida en estado latente o incluso desatendida de manera sistemática.
- c) Otro rasgo de conjunto de estas indagaciones es que pueden servir a múltiples fines. Esto significa que: (i) los mismos métodos, procedimientos y recursos comprometidos en la determinación de la posición social de un inter-actor contribuyen también a otros fines como el de entablar el diálogo, manifestar sincero afecto, pasar el tiempo, etc.; (ii) que suelen incluirse en contextos de interacción de miras más amplias, tales como integrarse al “ambiente”, ejercitar la oratoria propia de tertulias y escenarios de sociabilidad, “conocer gente”, etc.; (iii) que, una vez abandonado el objetivo específico de esta indagación, estos recursos pueden ser refuncionalizados, puestos a servir otros fines, como los comentados en “ii”.
- d) Lo apuntado introduce una cuestión crucial; a saber, la del “carácter proyectual” de esta indagación. Con esta expresión queremos señalar que ella muestra la forma de un proyecto en la acepción de Schutz (1967: 19-22); esto es, que constituye “un vínculo estructural” con “la acción en curso y el acto que ante la reflexión aparece cumpliendo o no logrando cumplir el proyecto”;

o sea, que “es una fantasía; [...] la sombra de una acción, una reproducción anticipativa” (Schutz, 1993: 97). Así, la indagación cotidiana de la estructura social encontraría su sentido, inicio, desarrollo y consumación, en función de una proyección de los objetivos descriptos en “b”. Cuando ellos pierden su vigencia para el proyecto en curso, la indagación se abandona o bien se reorienta y resignifica, dado su carácter inespecífico (apuntado en “c”).

- e) En este sentido, resulta determinante el resultado al que arriba la indagación, pues es en función del mismo que se decide proseguirla o abandonarla. Además, el resultado determina las subsecuentes acciones, pues hemos dicho (citando a Goffman) que la relevancia a priori de la indagación indirecta de la estructura social viene dada por la necesidad de establecer las expectativas recíprocas con el miembro inter-actuante constitutivas de toda relación social. Más concretamente, en las situaciones que indagamos, los resultados que arrojaban las investigaciones documentadas permitían decidir si “avanzar” al otro (“mandarse”, “tirarse el lance”, “lanzarse”, “tirarse a la piletta”) o “pasar a otra cosa”. En síntesis, la determinación de la posición estructural del inter-actor es uno de los datos relevantes a tener en cuenta a la hora de entablar una relación social.

Cabe aclarar, también, que no es condición *sine qua non* llevar a cabo este tipo de indagación para interactuar en estos ambientes. Cada cual guarda el poder de decidir para sí si es que, y hasta qué punto, resulta relevante el posicionamiento estructural del inter-actor. De hecho, hemos encontrado inter-actores “desinteresados”, dispuestos a entablar una relación al margen de las constricciones estructurales, sin sopesar las ventajas y desventajas materiales del vínculo. Por eso hemos dicho que la indagación cotidiana de la estructura social responde a un proyecto, y que su relevancia debe mostrarse empírica y situacionalmente.

- f) Sin embargo, en los muchos casos en que resulta de interés y relevancia determinar la posición estructural de un inter-actor, los miembros de los ambientes que hemos indagado cuentan con etnométodos adecuados y de considerable sofisticación para establecer dicha posición. Más aún, el conjunto de estrategias y recursos metodológicos empleados por estos sociólogos legos funciona como un índice, al estilo de los Índices de Nivel Socioeconómico (en adelante, INSE) elaborados por la sociología profesional y la investigación de mercado.¹⁸

¹⁸ No estamos sugiriendo que los índices elaborados en sendas instancias sean exactamente los mismos sino que contemplan dimensiones similares. Así, por ejemplo, el INSE de la Asociación Argentina de Marketing adopta un

En efecto, las diversas dimensiones de la indagación cotidiana de posición estructural funcionan de manera articulada, tendiente a integrar un índice. Cada dimensión, a su vez, cuenta con sus indicadores, expresados en las preguntas que hemos documentado en nuestra investigación.

Así, hemos visto que la *dimensión territorial* se reconstruye a partir de dos subdimensiones: el *barrio* y la *vivienda*. La primera, busca medir cuestiones relativas al medio socioeconómico en que vive la persona, su origen y su capital social, tomando como indicadores las tipificaciones corrientes de los diversos barrios, a los cuales se les asignan determinadas características (incluso, a veces, de tinte folclórico); la segunda, toma como indicadores la ubicación de la vivienda dentro del barrio (por ejemplo, proximidad con avenidas o estaciones de subte, distancia de la zona céntrica, etc.) así como su dimensión, calidad y nivel de hacinamiento.

El *nivel de ingresos* constituye una segunda dimensión del INSE. Su medición se operacionaliza a través de indicadores relativos a la ocupación del inter-actor. En este caso, también se echa mano de tipificaciones comunes que *grosso modo* asignan a ciertas profesiones y actividades laborales niveles de ingreso y estatus también tipificados. Además, se toman como indicadores la calificación laboral y la extensión e intensidad de la jornada laboral. Este último indicador es altamente relevante luego de los procesos de desregulación del mercado de trabajo y de las negociaciones sindicales, y de la reconversión económica que Argentina ha sufrido a lo largo de la década del '90, al plegarse a los lineamientos del Consenso de Washington y las directivas de los Organismos Multilaterales de Crédito; lo cual ha conducido al país, en el año 2001, a la crisis más grave de su historia.

La *situación patrimonial* es otra de las dimensiones del INSE producido por los etnométodos documentados en nuestro estudio, y que guarda afinidad con otros similares, producidos por la sociología profesional y la tecnocracia. No sólo la dimensión indagada sino también los indicadores guardan esta semejanza, ya que se inquiriere respecto de: la tenencia (o no) de la vivienda y de automóviles; electrodomésticos y artículos del hogar; otros artefactos que puedan encontrarse en la vivienda (tales como televisores, DVDs, equipos de música).

“marco conceptual” según el cual la estructura de nivel socioeconómico de un país se conforma a partir de variables tales como el nivel educativo, el ingreso, algunos bienes representativos de la capacidad de compra, la inserción laboral y la educación (2006: 6-7). Por supuesto que, en este caso, el índice elaborado es más complejo y analítico que el producido por los etnométodos de indagación de la estructura social; entre otros motivos, porque estos últimos sirven a fines prácticos, que no requieren la precisión estadística que demanda el marketing.

Además, se incorporan indicadores que los métodos profesionales y tecnocráticos no permiten incluir, tales como la tenencia de obras de arte, bibliotecas y discotecas de consideración.

También en una línea afín, se incorpora la dimensión del *ocio* y el *consumo*. En estos casos, se buscan indicadores relativos a la “vida que lleva” el inter-actor en lo concerniente a la disponibilidad de un excedente destinado a gastos improductivos. Aquí los indicadores serán, también, los mismos de la sociología profesional y el mercadeo: salidas (frecuencia y costo) tales como cine, teatro, recitales, discotecas; vida social; pasatiempos; etc.

A través de esta batería de indicadores se busca, además, establecer los “gustos” de la persona a los efectos de *enclasarlo* socialmente a partir de sus propias clasificaciones, de un modo semejante a lo que describe Bourdieu al hablar de “clases y enclasmientos” (1996: 544-564).

Ligado a esto -aunque ya entrando en un terreno más original, en que los etnométodos logran acceder a dimensiones de difícil exploración para la investigación académica y de mercado-, hemos registrado la dimensión de las *expectativas de vida*. Lo indagado aquí es la sedimentación de las determinaciones estructurales previas y el modo en que ellas prefiguran las aspiraciones y los futuros posibles. Sería, entonces, una indagación del sentido subjetivo de eventuales proyectos; es decir, de la dimensión proyectiva de la acción social que Schutz caracteriza como *modo futuri exacti* (1964: 276). Los indicadores elegidos para dar cuenta de esta dimensión son las expresiones de deseo y los proyectos (planes para las vacaciones, vocaciones, carreras a seguir en un futuro, ambiciones y aspiraciones de toda índole).

Consecuencias

Las evidencias recogidas en nuestro análisis anterior (producidas, conocidas y manejadas por los miembros de los ambientes que hemos indagado) tienen consecuencias que, al finalizar nuestro trabajo, queremos resaltar. Así, con el ánimo de continuar en su propia dirección las evidencias producidas y manejadas por los miembros de estos ambientes, presentaremos una serie de inferencias que se desprenden de suyo de lo que estas investigaciones prácticas arrojan sobre la estructura social argentina en el marco de la sociabilidad en tanguerías de la Ciudad de Buenos Aires. Podríamos decir, en un lenguaje wittgensteiniano, que nos hemos de referir a lo que estos etnométodos muestran, más allá de lo que dicen.

- a) La aplicación de un INSE permite indagar de manera inmediata la posición estructural del inter-actuante, y de manera mediata la estructura social que servirá de marco a esta indagación¹⁹. Nótese que esto implica también que la posición estructural está tematizada mientras que la estructura social no; es decir que se da entre ambas dimensiones una relación de figura-fondo. A continuación, exploraremos las consecuencias que esto tiene para la constitución y actualización de la estructura social

La indagación inmediata de la posición estructural tiene un tenor autorreferencial. Esto significa que se sitúa al inter-actor en relación con la propia posición, tácita y dogmáticamente asumida como grado cero de la estructura. Este posicionamiento, entonces, cobra la forma de un cotejo: ¿el otro es como yo, es más, o es menos que yo? Aquí debe verse la génesis de la tan difundida concepción de la estructura social en clases altas, medias y bajas; así como cierto tinte aristotélico en estas clasificaciones (que, como buena parte de nuestro sentido común, son afines a la filosofía del Estagirita): uno siempre es el punto medio, lo demás se valora como alto o bajo (también a la Nietzsche) por relación a ese “grado cero” que constituye la propia posición (algo así como la Tierra y el cuerpo propio en las fenomenologías de Husserl y Merleau-Ponty).

Esta es, entonces, la concepción *implícita* de estructura social que produce, de manera mediata, la indagación de la posición estructural; no es, sin embargo, una “visión” o “representación” de la estructura social, tal como piensan algunos críticos que la etnometodología argumenta (cfr. Bourdieu, 1996: 562-563). En este sentido, son plenamente acertadas las consideraciones de Cicourel al retomar la pragmática generativa de Chomsky señalando que no se trata de especificar lo que el hablante realmente sabe ni lo que puede reportar acerca de su conocimiento, del mismo modo en que una teoría de la percepción visual debería dar cuenta de lo que una persona realmente ve y no de sus declaraciones acerca de lo que ve, por útiles que éstas puedan resultar (Cicourel, 1974: 43-44).

- b) Los etnométodos de indagación de la posición estructural no producen una representación explícita. Tampoco consisten en clasificaciones sistemáticas y exhaustivas al estilo de los conjuntos “Pn adecuados” de Harvey Sacks, tan mentados en el seno de la etnometodología a la hora de tratar cuestiones concernientes a la estructura social²⁰.

¹⁹ Podría hablarse aquí de “estructuración inmediata” y “estructuración mediata” en un sentido cercano a Giddens (1979: cap. 6, pto. 2).

²⁰ Sobre la reivindicación del legado de Sacks, cfr. Schegloff (1989).

Schegloff, por ejemplo, destaca que “Sacks notó que los miembros aluden a personas con distintos términos categoriales” que “están organizados en conjuntos” (Schegloff, 1991: 49), algunos de los cuales son “Pn adecuados” pues permiten “categorizar a cualquier miembro de cualquier población, especificada de cualquier modo, hubiera sido o no especificada (por ejemplo, contada, caracterizada, determinada)” (Schegloff, 1991: 49). A su entender, mucho de lo que el análisis sociológico tradicional implica y expresa con los términos “estructura social” se relaciona directamente con “las categorizaciones de los participantes tal como lo estaba analizando Sacks”, puesto que “la ‘estructura social’ en el sentido tradicional ingresa en la producción e interpretación de determinadas facetas de la conducta y es, de este modo, confirmada, reproducida, modulada, neutralizada, o incrementalmente transformada en la conducta real a la cual debe referirse en definitiva.” (Schegloff, 1991: 51) También Cicourel considera que la noción de “dispositivo de categorización de los miembros” elaborada por Sacks es significativa para comprender la cuestión de la estructura social porque “supone tácitamente que sus sujetos poseen y emplean exitosamente procedimientos interpretativos, reglas superficiales y lineamientos reflexivos” que le permiten al investigador desarrollar reglas interpretativas “para explicar cómo los miembros producen sentido de su entorno y deciden la adecuación referencial de sus expresiones.” (Cicourel, 1974: 69) Incluso hay quienes encuentran que –al mostrar que la organización social está “construida en” las percepciones del actor social, de modo que éste comprende los eventos “dentro de un orden social regular ‘conocido’ ”–, Sacks retoma “una cuestión que ya anticipaba Garfinkel en su lectura de Mannheim” (Sharrock y Button, 1991: 161).

No obstante la generalizada aceptación de la idea de que el conocimiento silvestre de la estructura social es un dispositivo de categorización a la Sacks, tenemos ante ella algún reparo puesto que, según hemos observado, no es su objetivo *inmediato* el producir una clasificación o una categorización de “conjunto” sino tan sólo relacionar el estatus de un inter-actor con la propia posición y no con un conjunto poblacional. A este respecto, no sólo falta la intención de producir una clasificación exhaustiva sino, ante todo, la posibilidad de incluirse a sí mismo en esa clasificación, pues dijimos que la propia posición es tenida por los sujetos como “grado cero” de la estructura y no como una posición en ella. De todos modos, podríamos admitir que –abandonando el punto de vista del actor, y de modo *mediato*– es posible transformar estas clasificaciones en conjuntos categoriales Pn adecuados puesto que,

de hecho, todo sujeto puede ser incluido en ellos; aunque esto ya no será producto de los etnométodos sino de la sociología profesional que, elidiendo el sujeto, produciría clasificaciones distintas a las del sentido común, dotadas de propiedades de las cuales aquellas carecen, tales como sistematicidad y exhaustividad.

En este sentido, si bien puede encontrarse en la indagación inmediata de la posición estructural del inter-actor una representación implícita de la estructura social como ordenada en clase alta, media y baja, dicha representación no viene a la conciencia de los miembros de estos ambientes ni previa ni simultánea ni posteriormente a la indagación; más bien, ha sido la sociología profesional, el mercadeo y la tecnocracia estatal las que han explicitado dicha representación y vuelto a poner la historia patas para arriba, en un arrebatado de hegelianismo involuntario, al tomar por la estructura misma a su representación. No es eso, sin embargo, lo que producen los etnométodos que hemos analizado. Diremos, incluso, que sólo subsidiariamente –como residuo– hacen posible una representación, siendo ante todo su producto la existencia misma de la estructura social. En otras palabras, más frontales, estos etnométodos producen la estructura social, no su representación.

- c) El modo en que estos etnométodos generan estructura no es produciendo una visión de la estructura sino entrando en relación. Es decir que el resultado al que llegan es el de determinar si se entablará o no una relación social, y qué tipo de relación social será. Para ello, uno entre otros elementos de juicio es la posición estructural del inter-actor. Con frecuencia (cuando el resultado no es el deseado), ella inhibe de, o (en la situación contraria) alienta a, entablar una relación. En el caso en que la relación se entable, el resultado es que se realiza una familiaridad que no estaba más que prefigurada al inicio; es decir que la relación se transforma, actualizando esa familiaridad que al comienzo no era más que potencial.

En esto, no debe prejuizarse respecto de los valores “alto” y “bajo”, pues así como hay quienes procuran cierta movilidad social ascendente a través de lo que podríamos llamar (irónicamente) “capital sexual” y “capital afectivo” –algo muy sabido por la sociología de los legos y sintomáticamente desconocido por la sociología profesional–, también hay quienes por sentimentalismo, solidaridad o afición por lo abyecto, se ven atraídos a entablar relaciones con inter-actantes que ocupan posiciones más bajas en la estructura social. En el primer caso, nos encontramos con sujetos ya conocidos y tipificados como “interesados” (“del amigo que es amigo, siempre

y cuando le convenga”²¹), “mantenidas” y “gatos” (mujeres que sólo entablan relaciones con hombres de los que obtienen favores materiales²²). En el segundo caso, tenemos desde sujetos “desinteresados”, con fuertes convicciones políticas y morales, que deliberadamente ponen en suspenso las determinaciones sociales (sobre todo en materia de afectos), hasta sujetos que encarnan formas variopintas de bohemia, marginalidad y lumpenaje (asociados, a veces, con el consumo de drogas, dramas existenciales y psiquiátricos), que en algunos casos son tipificados como “reventados” (cuando llevan vidas autodestructivas), “limados” (sobre todo, en el caso de haber sufrido daños neurológicos o de otra naturaleza por el abuso prolongado de drogas duras), y “chapitas” (o locos). Luego, si bien es común que al entablar una nueva relación social se indague la posición estructural del inter-actor, el resultado a que se llega no determina de modo unívoco el ámbito de la inter-acción. No es que no lo determine en absoluto sino que lo determina de modos diversos según el proyecto de inter-acción de quien inicia la indagación.

El mero hecho de que haya un proyecto de inter-acción, y que éste determine la entrada o no en relación social, significa que hay un margen –relativo, limitado, pero real– de libertad. Así es que se elige (aún cuando se elija lo pre-establecido) entrar en relación –es decir, estructurar o no sociedad–. Esto, a su vez, permite comprender cómo y por qué la estructura social cuenta, habitualmente, con grados importantes de legitimidad pues ella es producto, en parte, de acciones cotidianas hasta cierto grado (por pequeño que sea) libres y voluntarias. Es decir que la estructura es asumida porque primero es efectuada por sus miembros; o, más brevemente, que se la asuma significa que antes se la consuma.

Lo dicho muestra, en contra de las dicotomías del pensamiento heredado, que el agente no está por fuera de la estructura sino en su “medio”; por eso es que

²¹ Verso del tango “Las Cuarenta”, de Roberto Grell y Francisco Gorrindo, que constituye una de las piezas favoritas y más demandadas por el público de las tanguerías que hemos frecuentado.

²² La expresión lunfarda “gato” remite a un campo semántico complejo y rico en connotaciones, pues “gatillar” significa pagar una cuenta o deuda; “gatear”, a su vez, alude tanto a hurtar o robar de noche cuanto a engañar y tener aventuras galantes. Todas estas connotaciones convergen, de algún modo, en la voz “gato”, que designa a la vez al ladrón nocturno y a la prostituta de categoría. (Cfr. <http://www.todotango.com/spanish/biblioteca/lexicon/lexicon.html>). En un sentido más amplio y vago, hoy en día suele usarse esta expresión para aludir a mujeres que entablan relaciones sentimentales y sexuales en las que prima un interés económico o de bienestar. De estas personas suele decirse: “Nunca un novio pobre o laburante”.

la estructura social ni lo constriñe absolutamente ni lo libera totalmente²³. De ahí que nuestros sociólogos legos desplieguen estrategias para su conocimiento y manipulación, con la siempre precaria esperanza de aligerar su peso y –en esos raros días soleados– ejercer al menos un minúsculo poder de transformación.

Bibliografía

- Aronson, Perla y Horacio Conrado (comps.) (1996), *La teoría social de Anthony Giddens*, Buenos Aires, Carrera de Sociología – Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.
- Asociación Argentina de Marketing (2006). *NSE 2006*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Marketing.
- Boden, Deirdre y Don H. Zimmerman (comps.) (1991), *Talk and social structure. Studies in Ethnomethodology and Conversation Analysis*, Cambridge, Polity Press.
- Bourdieu, Pierre (1996), *La distinción. Crítica social del juicio*, Paris, Minuit.
- Cicourel, Aaron V. (1974), *Cognitive sociology. Language and meaning in social interaction*, Nueva York, The Free Press. Las citas usadas fueron traducidas por Daniela López.
- Giddens, Anthony (1984), *Central problems in social theory. Action, structure and contradiction in social analysis*, Berkeley – Los Angeles, University of California Press.
- Giddens, Anthony (1979), *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza Universidad.
- Goffman, Erving (2001), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Habermas, Jürgen (1999), *Teoría de la Acción Comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Taurus.
- Hilbert, Richard A. (1990), “Ethnomethodology and the Micro-Macro Order”, *American Sociological Review*, Vol. 55, n° 6, pp. 794–808. Las citas usadas fueron traducidas por Lucía Romero y Luisina Perelmiter.
- Schegloff, Emanuel A. (1989), “Harvey Sacks – Lectures 1964–1965. An Introduction/Memoir”, *Human Studies*, n° 12, pp. 185–209.
- Schegloff, Emanuel A. (1991), “Reflections on Talk and Social Structure”, pp. 44–70, in Deirdre Boden y Don H. Zimmerman (comps.), *Talk and social structure. Studies in Ethnomethodology and Conversation Analysis*, Cambridge, Polity Press. Las citas usadas fueron traducidas por Shila Vilker.

²³ Cabría aquí recuperar la noción de “dualidad de la estructura” que sintetiza Giddens, puesto que señala una mutua dependencia entre estructura y agencia al sostener que las propiedades estructurales de los sistemas sociales son a la vez un medio y un resultado de las prácticas que los constituyen (1984: 69).